

A pesar de que en un artículo de pocas columnas como éste que damos hoy al público, no pueden tener cabida largas digresiones, no queremos dejar de advertir, que en los códigos de todos los países y de todas las épocas figuran, para desventura del humano linaje, algunas leyes tan contradictorias como las dos que acabamos de referir respecto á Inglaterra (1). No queremos tampoco pasar en silencio, que esas leyes se refieren casi todas y muy de cerca al bello sexo, considerado siempre por todos los legisladores, bien sea humillándole ó enobreciéndole, como una de las bases fundamentales en que se apoya todo el cuerpo social. En cuanto á los publicistas mas modernos, y con especialidad á los socialistas y comunistas, no vacilamos en afirmar, que algunos le han enaltecido con demasía, al paso que otros han intentado privarle de toda su grandeza, obligándole á renunciar á la modestia y al pudor, prendas principalísimas del bello sexo. Pero sea como fuere, lo cierto es, que la emancipacion de la mujer, hermanada con todas las virtudes, que pueden darla importancia y brillo, no la encontramos fuera del seno del cristianismo, y es cierto tambien, que el matrimonio, elevado á sacramento, puede infundir únicamente en todos los corazones, no pervertidos por el vicio, los sentimientos de una veneracion profunda hácia el bello sexo.

El hombre, que da rienda suelta á lascivos y voluptuosos amores, es indudablemente culpable; pero el que tiene cerrado su pecho á los amores delicados y puros, merece el nombre funesto de hombre *incompleto*, á quien una naturaleza madrastra ha negado el placer muy suave de ser padre amoroso y esposo fiel.

Todo lo que llevamos espuesto, aunque de un modo muy fugaz y compendiado, creemos que es lo bastante para que los lectores comprendan que debemos gran parte de nuestra civilizaci6n al bello sexo; que la ley de Gracia le ha dado brillo y grandeza emancipándole, y que las mujeres, adornadas por la naturaleza de bellas y eminentes dotes, merecen bajo todos conceptos veneracion y respeto.

SALVADOR COSTANZO.

DEBERES RELATIVOS AL HOMBRE Y A LA MUJER.

No es necesaria una grande observacion para ver que ha procurado constantemente el hombre perfeccionar cuanto le rodea. La faz de la tierra cambiada por sus trabajos, una porcion de monumentos, de instituciones, de inventos, de producciones literarias y científicas, evidencian la direcci6n de sus deseos.

Estos efectos son muy generales, muy constantes, para no reconocer el cumplimiento de los designios de Dios con respecto al hombre, ¿más donde encontraremos la indica-

(1) En el tomo 3.º de la obra del Marqués d' Argens, titulada *Cartas chinas*, edici6n de la Haya, MDCCLV, hay de tres á cuatro cartas, que merecen fijar con preferencia la atenci6n de los lectores, porque refieren, con erudici6n muy selecta y peregrina, una multitud de hechos históricos, que dan á conocer hasta la evidencia, que en las naciones mas civilizadas, tanto de la antigüedad, como de la época moderna, no han dejado nunca de existir leyes muy contradictorias, comparadas unas con otras, en la vida política de un mismo pueblo.

cion de estos mismos deseos con respecto á la mujer? Apenas se ve algun efecto sensible de su voluntad; apenas ha trazado sus pasos sobre la tierra, y salvo lijeros escritos donde ha reproducido sus afecciones, el tiempo ha borrado lo que ella ha hecho.

Y sin embargo, la mujer tiene tambien el instinto del perfeccionamiento, y ha obrado siempre, y siempre ejercido facultades de uno ú otro género: mas estas facultades constantemente anticipadas, sobrepujadas por las del hombre, no han hecho mas que seguir la marcha que otros mas fuertes habian emprendido.

Mas esta falta de resultados de una actividad que no ha cesado de desplegarse, no puede ofrecer la indicaci6n vanamente buscada, y mostrarnos cuales han sido las miras de Dios respecto al sexo mas débil.

Sí, no hay duda, podemos juzgar que es con seres pasajeros cual ella misma, como la mujer ha sido puesta en evidencia, sus obras son vivientes; son los hijos que ha llevado en su seno, animados con su espíritu, calentados con su ternura: son las generaciones sucesivas que educa y sobre las cuales ejerce siempre grande influencia, oculta sin duda, rara vez manifestada en actos visibles, pero real, poderosa para el bien y para el mal, estendiéndose sobre la eternidad, porque la ejerce sobre las almas.

Así, bajo punto de vista moral, la vocacion general del hombre y de la mujer, es parecida. Ambos deben adorar á Dios, y hacer el bien en el mundo segun su poder: la justicia, la verdad, los principales deberes de la humanidad, son impuestos al uno y al otro; más los hay particulares á cada uno.

Los grandes intereses generales, ocupan al hombre que tiene que amparar la familia, defender la patria y la humanidad, consagrando su talento, y cuantos medios son necesarios á la gloria y la felicidad de la patria, á la que cada uno contribuye en su respectiva posici6n, porque tanto lustre la da, y bien la hace el artista en un taller, el artesano con su herramienta, como el escritor que ilustra con su pluma ó el legislador que contiene vicios y aumenta virtudes con sus ideas.—Si al hombre están reservados tan altos destinos, en cambio, el cuidado de los intereses donde todo es individual ó comprendido en un círculo mas restringido, pertenece á la mujer: sus afecciones son entonces mas vivas, sus deberes mas estrechos, y tan claramente designados que no pueden ser mas indispensables. El hombre en la sociedad, y la mujer en la casa, cada uno tiene su grande misi6n que cumplir.

Y no se diga que son escenas del hogar y no salen de sus paredes las que representan la infracci6n de tan sagradas leyes y de tan respetables derechos; no, porque la sociedad participa siempre de los efectos de la vida de familia; porque en la sociedad se reflejan los vicios ó las virtudes del hogar; porque donde no hay virtudes privadas, no puede haberlas públicas; donde se infringe el deber, se falta al honor; y el que falta á la familia, á la que le unen tan estrechos vínculos, mejor faltará á la sociedad, á la que no le ligan los de la sangre. No puede amar á la patria quien no ame la familia, y la conservaci6n y el bien de los seres que nos son queridos, arraiga en nuestro corazon ese sentimiento patriótico que nos hace sacrificar gustosos la vida por la patria, porque de su existencia pende la de la familia, su honor es el nuestro, y nuestra es tambien su gloria. ¿Será extraño, consideremos al hogar como origen de todas las virtudes?

P.

FENIMORE COOPER.

Fenimore Cooper es conocido hace tiempo con el nombre del Walter Scott americano, pero aunque algo de semejanza existe entre sus obras y las del autor escocés, hay que concederle un señalado puesto entre los escritores originales.

La familia de Santiago Fenimore Cooper es originaria del ducado del Buckingham, en Inglaterra, y pasó á América

á fines del siglo XVII: nuestro autor nació en Barlington y estudió en el colegio de Jólé en la ciudad de Nueva-Haven. Abandonó los estudios por la marina y á su vez la marina por la literatura. Visitó varias veces la Europa, siendo recibido en todas partes con la distinción debida á su esclarecido talento.

Empezó su carrera literaria por la novela titulada *Precaucion*, modelo de costumbres inglesas, á la que siguió el *Espion*, las cartas sobre las costumbres é instituciones de los Estados-Unidos, en cuyos trabajos se descubre gran



Retrato de Fenimore Cooper.

elevacion de ideas y un grandísimo sentimiento pátrio. *El Piloto*, *El Corsario rojo*, *El Robinson*, *Los Plantadores*, *Los Puritanos de América*, *El Bravo*, *Cristóbal Colon*, etc., etc., son obras que prueban de una manera incuestionable que Fenimore Cooper, al par que gran narrador y poeta descriptivo, fué escritor de levantadas ideas y de grandes pensamientos.

El último Mohicano es una obra maestra que se ha hecho clásica en todas las lenguas, aunque en las traducciones pierde mucha belleza el original.

Cooper escribió además una historia de la marina de los Estados-Unidos, la biografía de los mas célebres marinos y también apuntes muy notables sobre sus viajes á Europa, sin dejar por esto de terciar alguna vez en el terreno político y satírico.

Cooper falleció el día 14 de setiembre de 1851, sesenta y dos años despues de su nacimiento, en su residencia de Coopers's-Town, ilustre desde entonces por el nombre que lleva.

EBERSTEINBURGO.



Satanás enfurecido se precipitó desde lo alto de la roca.

I.

EL PULPITO DEL DIABLO.

Remontando el Graven se llega al puente de madera echado sobre el Rotembach, uno de los rios mas caudalosos

SEGUNDA SERIE.—1867.

que bañan las praderas de Baden. Allí se deja á la izquierda el camino de los Turcos, llamado de esta manera en recuerdo de los prisioneros hechos en otro tiempo por un margrave de Baden, y condenados á abrir aquel camino en medio de las montañas.

Hállase al frente la vieja carretera de Gerusbach, que bien pronto se abandona para seguir una pintoresca

AÑO XXV. 25

senda, que serpenteando graciosamente conduce al pié de una elevada roca que domina la vereda y el camino trazado en el fondo del valle. Esta roca, cubierta de diferentes arbustos, de musgo y pintadas florecillas, y no dejando descubierta mas que su cima cuadrada, es la que tiene por nombre *El Púlpito del Diablo*.

Hace algunos años, sin que sea dable fijar con exactitud la época, Satanás, aburriéndose en los infiernos, tuvo el buen gusto de hacer un viaje á Baden. Seducido por la maravillosa belleza del paisaje resolvió apropiarse parte del margraviato para construir una quinta de verano.

Sin embargo, viendo un domingo á los habitantes de aquellos contornos dirigirse á Misa y á Vísperas, y oyendo resonar las campanas de la iglesia próxima, Satanás pensó que tal vez sería mal acogido por una poblacion que tanto adoraba al Supremo Creador.

—Yo seduciré á estas gentes, se dijo despues de algunos instantes de reflexion, yo los dominaré á todos, y cuando sean mis súbditos, no tendré ya nada que temer y seré aqui el mas dichoso de todos los diablos, lo cual no es poco decir.

Así, pues, una noche sombría y tempestuosa, Satanás de pié sobre la roca que habia escogido por asilo, llamó á sus satélites y les mandó labrar en la estremidad de la peña un gran púlpito, desde el que pudiera predicar con toda comodidad. Concluida la obra, hizo edificar misteriosamente una ermita, en la que se instaló vestido de ermitaño.

Al otro día, cuando los aldeanos salian á sus faenas campestres se asombraron al ver aquella santa capilla, en la que oraba un monje que tenia todo el aire de un bendito.

Satanás desempeñó el papel admirablemente, y era preciso reconocer en él las cualidades de un gran cómico. Subió al púlpito y empezó á predicar. Como, segun hemos dicho, estaba situado en lo alto de una roca, dominando gran parte del país, y así mismo como el orador poseía una voz estentórea y de sonoro timbre, se le oía á tres leguas á la redonda. El auditorio acudia presuroso de todas partes y encontraban para escuchar al monje, cómodos asientos sobre el verde musgo, hábilmente preparados por los secretos obreros de Satanás.

Los sermones de éste agradaban, necesario es confesarlo. Amenizaba sus discursos con graciosas historias, pintando el desarrollo de las pasiones de una manera incitante y bella, desenvolviendo con lucidez las gratas delicias de los pecados capitales; en fin, como los hombres y las mujeres son fáciles de pervertir y la doctrina del monje era, despues de todo, bastante seductora, bien pronto logró dominar por completo las inteligencias de los sencillos campesinos. Algun tiempo mas y la poblacion de Baden, que comenzaba á gustar las dulzuras del fruto prohibido, se hubiera condenado sin rémedio.

Por fortuna el Arcángel San Miguel, que tambien habia tenido el deseo de pasearse por aquel hermoso país, oyó las predicaciones de Satanás, tuvo piedad del error en que vivian aquellos desgraciados, y durante una hermosa noche hizo fabricar otro púlpito sobre una roca tan elevada como la del ángel de las tinieblas, que se alzaba frente por frente.

Cuando Satanás se puso á predicar el Arcángel subió á su cátedra y empezó á contestarle.

Irritado el diablo de este intempestivo ataque empleó todos los medios posibles para que el auditorio hiciera ca-

llar y desaparecer al nuevo predicador; pero la elocuencia dulce y persuasiva de San Miguel consiguió muy luego volver al rebaño santo de la religion á aquellas ovejas descarriadas, que furiosas á su vez de haber sido engañadas por el diablo empezaron á arrojar sin piedad cuanto hallaban á mano contra el falso ermitaño, á quien la tarde anterior adoraban y escuchaban con tanta devocion.

Satanás enfurecido al ver que ya no podia sostener el combate, hizo mil pedazos el púlpito, dándole una descomunal patada, y despues se precipitó de un salto á la tierra, que se abrió para dejarle aposentar en sus entrañas.

Desde entonces se ha guardado muy bien el diablo de aparecer en el territorio de Baden, pero la huella de su pezuña y cuernos ha quedado impresa para siempre en la parte baja de la roca.

II.

EL NIDO DEL AGUILA.

Dejando el púlpito de Lucifer, la senda forma una curva completa para venir á pasar por debajo del púlpito del Arcángel, colocado tan enfrente del otro, que podria creerse sin gran esfuerzo que un temblor de tierra habia partido la roca en dos mitades iguales.

Cruza por entre ambas un pequeño sendero que sube hasta la cima del Mercurio; pero abandonándole se encuentra bien pronto el antiguo camino de Gerusbach, y tomando á la izquierda se va derecho á la garganta de los Lobos, profundo barranco á manera de precipicio, en el fondo del cual serpentea un cristalino arroyuelo, sobre un lecho de verde yerba. Aridas piedras se distinguen en lo alto y en la cima de una de ellas hay colocada una cruz, triste recuerdo de la muerte de algun infeliz derrumbado al fondo del peñascal.

Dos escaleras talladas con gran trabajo, permiten pasar al otro lado del barranco. Allí se estiende una hermosa llanura atravesada por el camino que conduce á Ebersteinburgo.

Esta via construida con gran perfeccion, conduce de la base á la cima de una florida montaña de mas de seiscientos metros de alta. Espléndidos paisajes se estienden ante la vista del atónito espectador que recorre las vueltas de la senda. Baden, sus cercanías, los rios, las montañas, los pueblos y las ciudades, forman un conjunto admirable y que causa verdadero encanto. A medida que se asciende los puntos de vista se ofrecen mas esplendidos y agradables.

Inmediato á la cumbre, se halla un pequeño pueblo recostado dulcemente en la vertiente del monte; es Ebersteinburgo, rozando sus casas con las verdes hojas de corpulentos árboles y envueltas en la fresca sombra proyectada por ellos. Nada mas encantador que la vista de semejante aldea cuando al terminar una de las revueltas, aparece á lo lejos el airoso campanario de su iglesia.

En Ebersteinburgo concluye el camino y es preciso subir á pié la pendiente senda que conduce á la cresta de la montaña, sobre la cual se distinguen las ruinas del castillo.

Aun son magnificas y muy dignas de ser visitadas. De lo alto de la vieja torre se descubre un horizonte inmenso, y el panorama que abarca la vista, deleitando los sentidos embarga el ánimo ante la contemplacion del sorprendente espectáculo que admira.

Los restos de la murallas que aun se conservan, hacen comprender la importancia que tendria en otro tiempo este formidable castillo, cuyo origen es muy extraño, por mas que su leyenda no tenga nada de fantástica y sea por el contrario sumamente verdadera. Héla, pues, segun la tradicion ha podido conservarla.

A fines del siglo XI, habia en el pais de Baden, un gran señor, animoso caballero, cuyo nombre era Eberstein: de carácter arrojado é intrépido ocupaba en la caza de al-
tanería las pocas treguas que la guerra le dejaba disfrutar. Cierta mañana pasando al pié de un elevado monte, vió dos águilas que despues de haber descrito mil circulos sobre la cumbre, desaparecieron por entre las piedras mas altas.

—¡Oh! exclamó parando su caballo, las águilas tienen su nido allá arriba, subamos. Y seguido de sus pajes y monteros, avanzó por el ágrío repecho llegando antes que ninguno al pié de la inmensa y árida roca que dominaba la cima; trepó hasta la cresta y allí distinguió una especie de plataforma en la que las águilas habian establecido su vivienda. Alarmadas en presencia de aquel enemigo inesperado, le atacaron violentamente; pero el señor de Eberstein, cazador tan hábil como atrevido, mató á las dos, llamando á sus criados despues, para que se llevaran los polluelos que deseaba ofrecer como testimonio de rendimiento y bravura á su noble dama.

En aquella época de feudalismo, las luchas incesantes de los señores entre sí ó contra sus monarcas, les hacian escoger para moradas, puntos inaccesibles y defendidos mas bien por la naturaleza que por la mano del hombre.

El lugar donde se encontraba, llamó la atención de Eberstein y clavando su espada en una hendidura del terreno exclamó:

—Voy á hacer construir aquí un castillo inespugnable.

Algunos dias despues los trabajadores ocuparon aquel terreno y comenzó la construccion del castillo, que bien pronto quedó concluido.

Las ruinas de esta fortaleza edificada sobre el nido de un águila, son las que visita hoy dia el viajero, y á ellas pertenecen los hechos que vamos á referir á nuestros lectores.

III.

EL SITIO.

De todas las familias del margraviato, la mas noble y la mas justamente renombrada era sin duda alguna la de Eberstein. Durante dos siglos, padres é hijos se habian portado como valientes, y su reputacion en la guerra y en los torneos, habia hecho palidecer á sus desdichados rivales. Fieros, bravos, indómitos, poderosos y atrevidos, los condes de Eberstein, reinaban á su libre albedrío en toda la comarca.

Cuando Othon reinaba en Alemania, tres jóvenes, tres hermanos, habitaban la mansion feudal de que vamos hablando: eran huérfanos y solteros: Enrique, Jacobo y Eduardo, se los nombraba. Amábanse entrañablemente hasta el punto de no separarse jamás.

A los tres condes se los conocia, segun costumbre de la época, por el sobrenombre que les habia valido la diferencia de sus caracteres.

Al mayor, Enrique de Eberstein, de una fuerza y de un valor sin par, le apellidaban *El Leon*. Al segundo, Jacobo, por su ingenio sutil y precavido, le distinguian con el

dictado de *El Zorro*, por último, el tercero, Eduardo, habia recibido desde la infancia el dictado de *El Angel*, á causa de su encantador rostro y la dulzura de su carácter.

Unidos mas bien por un íntimo cariño que por los vinculos de la sangre, los tres hermanos alcanzaban un poder que hasta entonces jamás disfrutó la casa de Eberstein.

Othon, declarado recientemente emperador del santo y romano imperio, habia sido acogido por todos y en todas partes y reconocido como señor, á escepcion de dos puntos: la ciudad de Strasburgo y los señores de Eberstein que rehusaron rendir pleito homenaje al nuevo emperador.

Este declara rebeldes á una y otros, y poniéndose á la cabeza de sus tropas marcha sobre Strasburgo. La ciudad dirigida por su obispo, se apresura á someterse no bien el emperador se acerca, y satisfecho de este primer resultado, Othon se dispone á conquistar el castillo de Eberstein; pero comprendió bien pronto que no venceria tan fácil á los condes como habia sometido á los ciudadanos.

Los castellanos reunieron sus hombres de armas, y almacenando víveres y agua en abundancia se mantuvieron tan firmes que pasó un año sin que el ejército imperial alcanzase la menor ventaja. Desde lo alto del castillo hacian rodar grandes piedras cuando los sitiadores se aventuraban á dar el asalto, volviendo diezmas á sus cuarteles las tropas que por su mal acometieron tal empresa. Otro año habia transcurrido sin que las gentes del soberano obtuvieran ninguna ventaja, y este sitio preparado por las fuerzas de un emperador y defendido por tres jóvenes que apenas tenian á su lado trescientos hombres, era una gloria inmensa para los condes de Eberstein y una afrenta constante para el sucesor de los Césares.

La vigorosa resistencia de los sitiados les habia conquistado la admiracion y el cariño de sus mismos adversarios.

La encantadora Hedwige, la joven hermana de Othon, sin conocer á los condes, tomó por ellos el mas vivo interés, y suplicaba á su hermano les concediese gracia, desistiendo de hacerles guerra; pero la sacra magestad no se prestaba á ello y su impotencia aumentaba su cólera.

Una tarde se encontraba cerca de él, uno de sus consejeros que poseia toda su confianza; se llamaba el baron Bernardo Schwartzbach, ingenio atrevido y cortesano en toda la estension de la palabra.

Othon se quejaba amargamente diciendo:

—¡Oh! ¿será preciso que me retire, que yo, emperador de Alemania, me declare vencido por tres de mis vasallos? Semejante humillacion es imposible.... ¿Qué haré?.... Yo concederia cuantas gracias me pidiera á quien me sacara de tal embarazo.

Bernardo se adelantó lentamente, miró al emperador é incluíndose le dijo:

—Señor ¿qué deciais?

—Digo, repitió el emperador, que daria lo que me pidiese al que consiguiera hacerme dueño de los tres condes.

—¿Todo lo que pidiese? repitió Bernardo con codicioso rostro.

—Sí, todo.

—¿Hasta el titulo de duque?

—Ciertamente.

—¿Le nombraríais primer ministro?

—Le nombraría.

—¿Le consentiríais formase parte de vuestra familia?

—¡Ah! exclamó el emperador comprendiendo, mi hermana, la princesa Hedwige....

—Justamente. Al que os haga dueño del castillo de Ebers-

tein y de los tres condes ¿le dareis la mano de vuestra hermana?

—Si pertenéce á una gran familia, sí. ¿Pero dónde está el hombre de que me hablas?

—Delante de vos, señor.

—¿Tú! ¿Tú me harás dueño de Eberstein?

—Sí.

—Cuando.

—Antes de quince días.

—¿Cómo?

—No se lo puedo explicar á V. M.: lo que únicamente le pido, es que apruebe de antemano los medios de que yo me valga para conseguir el objeto deseado.

—¿Sin conocerlos?

—Sí; y necesito además que V. M. consienta en hacer durante quince días todo lo que yo le prescriba.

El emperador reflexionó, y tomando despues la mano de Bernardo se la estrechó cariñosamente diciendo:

—Te creo, consejero fiel: conozco tu astucia y de lo que eres capaz; escucha pues: si dentro de quince días, á contar desde hoy, soy dueño del castillo, si mi bandera flota sobre la torre del homenaje envolviendo en sus pliegues los cuerpos de los condes pendientes de una horca, serás duque, serás ministro, y mi hermana se llamará esposa tuya; pero si á los quince días el castillo está todavía en poder de los condes, serás tú quien sea ahorcado á la vista de mi ejército.

—Prometédme, señor, que durante estos quince días vuestra majestad hará todo lo que yo disponga.

—Te lo prometo, dijo Othon.

—Entonces acepto las condiciones, exclamó Bernardo.

El emperador se aproximó á un reclinatorio sobre el cual habia un crucifijo, y estendiendo la mano ante la sagrada imágen:

—Yo juro, exclamó, guardar las promesas que acabo de hacer.

IV.

LOS TRES CONDES.

Estaba amaneciendo: los débiles resplandores de la aurora apenas dejaban distinguir vagamente los objetos, y solo cuando el sol empezó á estender sus brillantes rayos sobre la soñolienta fortaleza, pudo verse á Enrique de Eberstein, que desde lo alto de la torre del homenaje, estendia sus inquietas miradas por la llanura donde tenian su campamento las tropas de emperador.

De pronto el rostro del señor feudal, se conmovió con un movimiento de admiración, y siguió mirando mas atentamente las maniobras de los enemigos.

Era Enrique de Eberstein, alto, grueso, de formas hercúleas, larga melena, en una palabra, el sobrenombre de *Leon*, le cuadraba perfectamente. Absorto en su contemplacion, no salió de ella hasta que una mano delicada y fina, vino á apoyarse dulcemente sobre su hombro. Volvióse bruscamente Enrique y vió cerca de sí á su hermano menor, que apenas tendria veinticinco años: de bello rostro, talle esbelto y gentil figura: no era extraño el dictado que llevaba, pues lo merecia su distinguido y candoroso porte. Al verle Enrique sonrió dulcemente.

—¿Qué miras? exclamó el joven abrazando á su hermano.

—Miro y veo, mi querido Eduardo, cosas bien estrañas, pero qué no me sorprenden.

—¿Qué cosas?

—Míralas: y Enrique señaló al campamento imperial.

—Virgen Santísima, exclamó Eduardo despues de haber mirado, ¿qué es lo que acontece á nuestros enemigos? Todos los caballeros rodean la tienda de Othon, ¿intentarán un nuevo asalto? ¿Que vengan, y vive Dios, que los recibiremos como merecen!

—No vendrán, hoy al menos, replicó Enrique, moviendo la cabeza; mas bien que preparativos de ataque, me parecen preparativos de marcha.

—¿De marcha? ¿Quién?

—El emperador. ¿No ves todos sus caballos y todos sus escuderos que le aguardan, y la escolta preparada en el camino?

—Es verdad, dijo Eduardo cuyos ojos brillaban de alegría. El emperador abandona el sitio, convencido de que no puede vencernos.

—Va á dejarnos libres, viendo que no nos puede apresar, exclamó Enrique.

—Va á tendernos un lazo en el cual caeremos, exclamó otra voz.

Era Jacobo de Eberstein, que aparecia sobre la piata-forma en aquel momento.

—¿Qué es lo que has dicho? exclamó Enrique asombrado.

—Digo, replicó Jacobo aproximándose, que esta partida del emperador se hace de una manera demasiado ostensible para no ocultar alguna secreta intencion, de la cual debemos desconfiar y defendernos.

—¡Bah! exclamó *el Leon*, si se va, es que no quiere atacarnos.

—De frente, dijo Jacobo, es posible, pero por la espalda.....

—No, replicó Eduardo, el emperador Othon es nuestro enemigo, pero es demasiado noble para engañarnos.

—En la guerra, hay quien considera bueno cualquier doblez.

Apenas habia dicho estas palabras Jacobo, cuando el sonido de una trompeta retumbó en el castillo.

—¿Qué ocurre? exclamó *el Leon*.

—Vamos á saberlo, dijo vivamente Jacobo, viendo aparecer por la escalera á un escudero completamente armado. El cual se adelantó y saludando respetuosamente dijo:

—Señores, un heraldo de armas enviado por el emperador Othon, acaba de llegar y solicita ser admitido á vuestra presencia.

—Que entre en la sala de honor y que nos espere, respondió Enrique.

El escudero partió, y los tres hermanos se miraron.

—¿Qué significa esto? dijo Enrique.

—Es preciso saberlo, contestó Eduardo.

—O adivinarlo, si no se sabe, añadió filosóficamente Jacobo, y los tres penetraron en la sala de honor, donde con toda solemnidad les esperaba el heraldo.

Sobre un pequeño estrado, habia tres magníficos sillones con las armas de los condes, colocóse Enrique en medio, Jacobo á la derecha y Eduardo á la izquierda.

Hubo un momento de silencio, y el heraldo abanzando hacia el estrado

—Señores condes, dijo, vengo en nombre del muy grande, muy alto y muy poderoso emperador del sacro y romano imperio, su majestad Othon I.

—¿Y qué te ha encargado para nosotros el ilustre emperador? dijo Enrique.

—Que S. M. marcha á Spira para celebrar en medio de grandes fiestas, el aniversario de su nacimiento, respondió el heraldo. Durante un mes se suspenderán las hostilidades, y S. M. magnánima me ha encargado dar á los señores condes de Eberstein un salvo-conducto que les permita durante este mes salir de su castillo y marchar sin peligro por donde mejor les plazca. Además, S. M. el emperador Othon, me ha dado orden de invitar en su nombre á los señores de Eberstein, para que vayan á tomar parte en los torneos y juegos de armas que tendrán lugar en Spira durante dichas fiestas.

Concluido este discurso, el heraldo marchó. Los condes aceptaron el armisticio y enviaron una respuesta afirmativa al emperador.

El ofrecimiento de Othon no dejaba de ser muy agradable á Enrique y á Eduardo. Los dos años que duraba el sitio habian sido dos años de reclusion forzosa. El armisticio era la libertad. Podrian bajar á la llanura, visitar á los vecinos, gozar en fin, de todo. Solo Jacobo parecia inquieto y descontento.

El mismo dia el emperador Othon abandonaba el campo acompañado de su gente, y se dirigia hácia el Rhin, no dejando alrededor del castillo mas que un pequeño número de soldados, que los sitiados hubieran podido destruir fácilmente. Este proceder infundió completa seguridad á los hombres de armas de los condes, que tambien deseaban encontrarse libres. Por la tarde, los tres hermanos comian viveres frescos de que habian estado privados largo tiempo.

—¡Bah! exclamó Enrique levantando la copa, iremos á Spira!

—¡A Spira! dijo vivamente Jacobo, ¡oh, no!

—¿Y por qué? pregunto Eduardo.

—Hay un armisticio, indicó Enrique.

—Y un salvo-conducto, añadió Eduardo.

—Por otra parte, replicó el Leon, se nos ha dado una palabra. ¿Por que, si el emperador fia en nuestra lealtad, no hemos de fiar nosotros en la suya?

—Nosotros hemos conseguido la gloria, mientras que él ha recogido la vergüenza, exclamó Jacobo. Othon no ha podido vencernos, y no nos lo perdonará jamás.

—Pero no osará faltar á su juramento, gritó Eduardo.

Jacobo movió la cabeza en señal de duda.

—Veo un lazo en este súbito cambio de un principe que habia jurado hacernos ahorcar.

—Además, replicó Eduardo, habrá torneos y hace tanto tiempo que no he roto una lanza en liza, que seré dichoso de poder triunfar en semejante fiesta.

—Sí, exclamó Enrique, venceremos á los campeones del emperador, y las nobles y hermosas damas allí reunidas, nos darán el premio de nuestro atrevimiento y de nuestro valor.

—¡Vamos á Spira! gritó Eduardo.

—Sea, replicó Jacobo, con aire resignado, os acompañaré, mis queridos hermanos.

V.

LOS TORNEOS.

Spira, como llamaban los romanos, á esa gran ciudad de treinta mil habitantes, se halla convertida en pueblo de tres mil, y sin embargo, todavia es un lugar ilustre. Iba á celebrarse el primer torneo dado por Othon, y de ahí que

en ella se hubiera reunido toda la poblacion del campo y de las aldeas vecinas.

Las fiestas fueron espléndidas. Los dos dias mas brillantes fueron el primero, ó sea el del torneo, y el segundo ó sea del tiro de ballesta. El premio del torneo consistia en una bolsa con cien florines de oro ofrecidos por el emperador, y el del tiro en un lazo bordado por la bella Hedwige, hermana de Othon. El dia del torneo, Enrique y Eduardo vencieron á cuantos campeones entraron en liza, y por lo tanto el primero recibió el premio de los cien florines de oro. En el tiro de ballesta tuvo la dicha Eduardo de alcanzar el premio ofrecido por la princesa. Eduardo, cuya gracia, elegancia y bravura habia seducido á los espectadores, y sobre todo á las espectadoras, avanzó hácia el estrado donde estaba sentada la bella Hedwige, que era una encantadora jóven de lánguidas miradas, de dulces palabras, indulgente y generosa.

Cuando Eduardo llegó delante del estrado, una súbita emocion se pintó en su rostro. Jamás se habian hablado, y sin embargo, al encontrarse sus miradas habian producido esa conmocion estraña que une para siempre á dos corazones. Eduardo se arrodilló delante de la princesa para recibir el premio. Cogió el lazo y colocándole sobre su corazon, usando del derecho de caballero victorioso, estrechó la mano de la princesa y se la besó con mas pasion que respeto. Las mejillas de esta se cubrieron de rubor, se levantó, y sin retirar la mano que le tenia cogida el caballero, le condujo segun lo exijia la fórmula, al pie del trono que ocupaba el emperador. Cuando la multitud vió atravesar la arena al encantador grupo, frenéticas aclamaciones se elevaron por todas partes y saludaron su paso. Othon acogió cariñosamente al vencedor y colocándose á la derecha del trono la princesa, se encontró en presencia del baron Bernardo Schwartzbach: no pudo menos de temblar. Las miradas del baron fijas sobre Eduardo tenian una espresion de odio indefinible.

Hacia algunos dias, que inquieta la princesa por algunas palabras indiscretas de su hermano y por los continuos cariñosos cuidados que la prodigaba el baron, habia comprendido una parte de la verdad. La mirada de Bernardo no la dejaba ya duda alguna.

Por la noche habia gran baile en palacio, y antes de él Hedwige tuvo una conversacion con Othon y pudo con suma habilidad, arrancarle el terrible secreto que habia presentado.

Tomó desde luego su partido y por la noche eligió á Eduardo por caballero, y durante el baile le anunció, con la sonrisa en los labios, el peligro que amenazaba á él y á sus hermanos.

—Sereis presos esta noche, y al mismo tiempo el baron partirá con sus hombres, sorprenderá á Eberstein y se apoderará de él.

—Gracias, exclamó Eduardo, nos habeis salvado el honor y la vida, mi corazon y mi existencia os pertenecen.

El baile concluyó, fué Eduardo á buscar á sus hermanos, y encontrándolos en un sitio apartado les refirió cuanto ocurría.

—Es preciso matar á ese hombre, exclamó Enrique.

—Calma, replicó Jacobo, astucia contra astucia. Lo que nos cuenta Eduardo lo habia adivinado y tengo tomadas todas mis medidas para salvarnos y vengarnos.

—¿De veras?

—Sí, respondió Jacobo. Ahora volved al baile, evitad caigan en sospecha de que lo sabemos todo y dejadme hacer.

Enrique y Eduardo tenían ciega confianza en su hermano, entraron en el salón y se confundieron con la multitud, acercándose Eduardo á la princesa tan solo un momento, para dejarla tranquila sobre el porvenir. Concluida la fiesta se retiraron los condes á la pieza que les habían preparado, despues de ser despedidos de una manera afectuosísima por Othon.

Cuando se encontraron solos:

—Y bien, exclamó Enrique.

—Partiremos antes de una hora, contestó Jacobo.

—¿Por qué no antes?

—Porque es necesario dejar que nuestros contrarios se anticipen para proceder nosotros con seguridad. Además en este momento debemos estar rodeados de centinelas.

Eduardo corrió hácia la puerta:

—Es verdad, exclamó, estamos encerrados.

Enrique que se había asomado á la ventana, dijo:

—Hay centinelas que velan y soldados que guardan el jardín.

Algunos instantes despues se oyó un gran ruido.

—Será el baron que marcha con sus gentes para apoderarse de Eberstein, dijo Jacobo.

—¡Ira de Dios! exclamó Enrique, ¡y nos estamos aquí quietos y tranquilos!

—Paciencia, contestó Jacobo, llegaremos antes que él.

Un silbido resonó en el jardín.

—Venid, dijo vivamente Jacobo.

Los tres condes pasaron á una pequeña pieza; Jacobo abrió la ventana y se oyó un segundo silbido.

—Bajad, dijo Jacobo á sus hermanos.

—Pero hay un soldado que guarda esta ventana, exclamó Eduardo.

—Es mi escudero Conrado, que ha muerto al centinela y se ha puesto en su lugar, contestó Jacobo.

—¡Ah, gracias, Dios mío! exclamó Enrique saltando de la ventana.

Jacobo y Eduardo bien pronto estuvieron al lado de su hermano. El primero indicó que le siguiesen y atravesó rápidamente el jardín. A la estremidad de éste abrieron una puerta y se encontraron tres magníficos caballos preparados para partir, y un poco mas allá algunos hombres de armas dispuestos á acompañarlos. Cabalgaron los tres condes partiendo al galope.

—Lo habias dispuesto todo admirablemente, repuso Eduardo.

—Sí, respondió Jacobo, solo que estos preparativos me han costado los cien florines de oro ganados por Enrique. Me parece que está bien gastado el dinero; el mismo emperador nos ha proporcionado la huida.

—Es verdad, contestó Enrique sonriendo, la justicia de Dios le ha castigado, mientras mi espada deja de hacerlo.

—¡Oh! dijo vivamente Eduardo, al que es preciso hacer desaparecer para siempre, es al baron, á ese infame que ha osado urdir tan horrible traicion. Debe morir y morirá á mis manos.

—¡Oh! á las mias, exclamó Enrique.

—No, hermano, he hecho juramento de matarle y le mataré, replicó Eduardo.

Se oyó un nuevo silbido y los condes se pararon.

Un hombre salió de pronto de entre la maleza; se acercó á Jacobo y le habló rápidamente.

—Bien, dijo Jacobo.

El mensajero desapareció.

El baron y su gente están á media legua de nosotros en

la direccion de Germershein por donde pasarán el Rhin.

—¿Tú lo sabes! exclamó Enrique maravillado.

—Sí, durante todo el camino, tendremos noticias exactas de por donde van nuestros enemigos; he tomado mis medidas al efecto.

—Tú eres el mas hábil de los tres y tienes bien ganado el sobrenombre de Zorro.

—Marchemos apresuradamente, dijo Jacobo, ganemos por la mano á nuestros enemigos, atravesemos el Rhin por Herdt, donde un barco nos espera, y en la otra orilla encontraremos caballos descansados.

Eduardo que se había quedado un poco atrás, sacó el lazo bordado por las lindas manos de la princesa y dándole un apasionado beso dejó escapar un dulce suspiro de su enamorado corazon; despues picó espuelas y acercándose á sus hermanos:

—A vencer ó morir, exclamó.

VI.

EL BARON DE SCHWARTZBACH.

De Spira á Baden, por el camino que corre á lo largo del río, habrá lo menos de treinta á treinta y cinco leguas: por mas que apresuraran la marcha el baron y sus gentes no podian hacer este trayecto en menos de veinticuatro horas, á pesar de lo que les importaba terminar cuanto antes este negocio de tanta trascendencia; por otra parte no dudaba ni un momento del satisfactorio resultado de su expedicion el traidor; los condes, segun creia, debian estar presos en aquel momento en el palacio de Spira y el castillo de Eberstein se hallaria bastante mal guardado.

Llevaba consigo veintiocho caballeros de gran fama y una compañía de arqueros, formando entre todos un conjunto de seiscientos hombres. Salieron de Spira á media noche y atravesaron el Rhin al romper el alba.

—Llegaremos al castillo cuando ya haya cerrado la noche, decia Bernardo á un caballero amigo suyo que cabalgaba á su lado. Los guardias que existan en el castillo no sabrán nuestra llegada y esta noche podremos escalar las murallas, y al amanecer de mañana nuestra bandera victoriosa flotará en la torre.

—¿Y los tres condes? preguntó el caballero.

—Los harán salir de Spira fuertemente atados y con buena escolta, y mañana serán ahorcados en la torre de su propio castillo. Mañana tambien vence el día quince y Eberstein será nuestro; pasado mañana seré duque, ministro, cuñado del rey y mi descendencia entonces será de sangre real.

Segun habia dicho el baron, por la noche llegaron al pié del castillo; todo estaba preparado para el ataque; á media noche dióse la señal y empezó el asalto sin ruido alguno. El silencio reinaba por todas partes y el castillo parecia completamente abandonado. Uno de los exploradores vino á decir al baron que las puertas estaban abiertas y sin ningún centinela, hizo avanzar á su gente cuanto pudo y él acompañado del guia fué á reconocer el terreno. Se dirigieron hácia la puerta principal que efectivamente estaba abierta, sin descubrir por ninguna parte alma viviente.

El baron despues de haber examinado atentamente todos aquellos sitios, ordenó al guia pasara de la puerta y penetrara en el patio teniendo gran cuidado para no producir la menor alarma.